



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la celebración de la Misa Crismal.**

**S.M.I. Catedral de La Habana
14 de abril de 2011.**

Queridos hermanos y hermanas, queridos hermanos sacerdotes:

Nos reunimos para celebrar el sacramento del Cuerpo y la Sangre del Señor, que él nos encomendó lo hiciéramos en conmemoración suya hasta su regreso. Esta es la tarea sacerdotal que el Señor confió a los Doce en aquella Cena de despedida, en que se compartía el cordero pascual, que constituía el sacrificio por excelencia de la Antigua Alianza. Pero en lugar de ese Sacrificio y de todos los sacrificios de la Alianza Antigua, Jesús hizo aquella noche entrega a los Doce de su cuerpo y de su sangre, o sea, el don de sí mismo.

Jesucristo es siempre el que hace el don. Sólo El puede decir: “Esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre”. Sin embargo, cada día nosotros, inclinados sobre el pan y el cáliz que contiene el vino, repetimos esas palabras. Ahí radica el misterio del sacerdocio en la Iglesia, en el hecho de que nosotros, seres humanos cargados de miserias, podamos hablar, en virtud del Sacramento del Orden sacerdotal, con el “yo” de Cristo, con su mismo “yo”, es decir in persona Christi.

Jesucristo nos ha llamado porque quiere ejercer su sacerdocio por medio de nosotros. Este misterio estremecedor nos vuelve a impresionar en cada celebración del sacramento, y ¡qué bueno que nos impresione!

Pero un día como hoy, en una celebración como ésta, cargada de expresiones sacramentales, debe aún más esta Eucaristía sacarnos de la rutina cotidiana para volver al momento de la imposición de manos de nuestra propia ordenación. Si el obispo, como el sacerdote, habla con el “yo” de Cristo, quien nos impuso las manos fue Jesús mismo. El nos ha hecho así participar del misterio de su sacerdocio.

Por la imposición de manos Jesús tomó posesión de ti, de mí, diciéndonos: “Tú eres mío para siempre”. Y siempre sentimos, de un modo que nos sobrecoge, que brota de ahí una inmensa responsabilidad. Pero con ese mismo gesto de imponernos las manos Jesús nos dijo también: “Mira, tú estás bajo mi protección, no tengas miedo, mi amor te custodia”, “dame tu mano y caminaremos juntos”.

Nuestras manos fueron entonces unguidas con el crisma. Las manos son el instrumento precioso de la acción del hombre, las que transforman el mundo con la técnica, con las artes, las que parecen cumplir mejor el mandato creador: “domina sobre todo lo creado”.

El Señor Jesús nos impuso las manos y ahora quiere que el mundo se transforme, por nuestras manos, según el querer de Dios. Ya no serán más nuestras manos instrumentos para tomar las cosas, el mundo, las personas para nosotros y mucho menos para que nos poseionemos de El, de Cristo, de lo sagrado; El quiere que sean ahora instrumentos para servir en el amor.

Las manos ungidas deben ser un signo de nuestra capacidad de entrega, de la creatividad pastoral que lleva a los hombres a Cristo y para modelar este mundo con amor.

Nuestras manos fueron ungidas con una mezcla de óleo y perfume, con el Santo Crisma. Hoy, nuestras manos ungidas se levantarán unidas a las manos del obispo sobre esa mezcla de óleo y perfume para que sea el crisma de la unción de los nuevos cristianos y de otros sacerdotes y obispos. Ese óleo es signo del Espíritu Santo.

En el Antiguo Testamento la unción es signo de asumir un servicio, sea el rey, el sacerdote, el profeta. Es ponerse a la disposición del Dios Altísimo, que es mayor que la persona ungida. Pero el ungido recibe al mismo tiempo la fuerza del Espíritu para desempeñar su misión.

En el Evangelio de hoy Jesús se presenta como el Ungido de Dios, el Cristo y nos dice que actúa enviado por el Padre y que el Espíritu del Señor está sobre El. Venía a traer al mundo una nueva realeza, un nuevo profetismo, un nuevo sacerdocio, enviado por Aquel que es Padre y Creador.

Pongámonos hoy una vez más nosotros, participantes de ese nuevo sacerdocio, a disposición de Cristo y en la renovación de nuestras promesas sacerdotales pidámosle que nos vuelva a tomar de la mano y nos guíe con la fuerza de su Espíritu.

Cuando escuchamos aquel primer “sígueme” seguramente lo acogimos con vacilación, mirando hacia atrás. Quizás nos preguntamos alguna vez si ése era nuestro camino. Pero el Señor nos tomó de la mano y nos dijo: “No temas, yo estoy contigo”. En los momentos de debilidad, tedio o vacilación agarrémonos de la mano de Jesús. Lo pedimos siempre los sacerdotes en la oración antes de la comunión: “no permitas nunca que me separe de ti”. Lo decimos en una hermosa oración personal después de la comunión: “Oh buen Jesús, óyeme, no permitas que me aparte de ti”.

Pudiéramos decir que el gesto de la imposición de manos lo explica el Señor con sus propias palabras: “*Yo no los llamo siervos, yo los llamo amigos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes los he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre se lo he dado a conocer*” (Jn 15, 13).

En esas palabras se podría ver la institución del sacerdocio. El Señor nos hace sus amigos, nos encomienda todo, incluso que podamos hablar con su “yo”, nos encomienda su cuerpo y su sangre. ¡Qué amistad la de Jesús, que se ha puesto en nuestras manos!

Todos los signos esenciales de la ordenación sacerdotal no son más que una manifestación de esa palabra: “Ustedes son mis amigos”: La imposición de las manos, la entrega del libro con su Palabra que El nos encomienda, la entrega del cáliz con el que El nos confía el gran misterio de su sangre derramada por muchos, que es la entrega de su persona. Y nos convierte de perdonados y reconciliados en perdonadores y reconciliadores, poniendo en nuestras manos la llave que abre la entrada a Dios Padre por el Sacramento del perdón.

Realmente la tarea, sin excusa de tiempo ni de lugar, y el significado más hondo del ser sacerdote, es llegar a ser amigos de Jesús.

A Jesús debemos escucharlo en la Escritura, debemos aprender de sus gestos y de su manera de actuar, aprender a descubrirlo siempre presente, habituarnos al diálogo con El. Necesitamos también tiempos de oración, espacios privilegiados de encuentro con el Señor. Sólo siendo amigos de Jesús hablaremos plenamente con el “yo” de Cristo, in persona Christi; porque además de hacer uso de un poder sacramental recibido, comunicamos lo que un amigo nos confía en lo hondo de nuestro corazón en la intimidad de la oración.

La acción sacramental seguirá ahora con la renovación que hacemos de nuestras promesas sacerdotales.

Los fieles todos, nuestros hermanos, tienen necesidad de Dios, el mundo, marcado hoy por prisas, incertidumbres y superficialidad tiene también necesidad de Dios. Pero no de cualquier dios imaginado, fabricado por concepciones y figuraciones humanas, como el becerro de oro en el desierto, sino del Dios que nos habla, que se nos revela y que quiere hacerse amigo de los hombres. Para esto toma nuestras manos, las unge, nos da su Espíritu, nos transmite su poder, para que actuemos con su “yo”, in persona Christi. Los sentimientos benévolos, misericordiosos, de simpatía y amistad hacia los hombres y mujeres de hoy, que provienen del Dios verdadero, que vive glorioso y resucitado en su Iglesia, necesitan de nuestras manos sacerdotales para bendecir, rescatar, levantar y apoyar, necesitan sacerdotes amigos de Jesús que transmitan su amistad a los creyentes y no creyentes. No podemos ser fríos transmisores de la gracia por medio de los sacramentos que el Señor nos han confiado, debemos pensar, sentir y hablar como los amigos de Jesús que, en su familiaridad con El, han encontrado la clave del amor que nos hace naturalmente misericordiosos y comprensivos con las ovejas del rebaño que Cristo, Buen Pastor, ha puesto en nuestras manos.

Queridos hermanos y hermanas: recen por sus sacerdotes, para que sean dóciles a la acción del Espíritu que los ha ungido y que la imposición de manos encuentre siempre en ellos hombres entregados y alegres, dispuestos a hacer presente al Jesús de la vida y la esperanza en medio de su pueblo.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original